

hacha afilada y brillante con mango corto, apoyada en el hombro, con el corte al aire; arma igualmente á propósito para abrir paso al ejército que para destrozar miembros en el campo de batalla.

Los artilleros llevaban la casaca más corta, de colores más brillantes, y más adornos en el uniforme, las forrajeras de hilo de algodón color de escarlata rodeaban el brazo izquierdo, casco plateado en la cabeza y plumero encarnado.

La caballería, compuesta de gendarmes, carabineros, coraceros, dragones, cazadores y húsares, según la estatura de los soldados y la alzada de los caballos, brillaba sobre las alas de cada división. Estos, alimentados con los fuertes pastos del Norte, relinchaban y batían el suelo como deseosos de combatir. Los cañones crujendo sobre sus cureñas, seguidos de los furgones enganchados y rodeados de artilleros con la mecha en la mano, preparándose á servir las piezas, estaban acostados como troncos negros sobre las carretas de los leñadores. Por todas partes se levantaban las tiendas de los oficiales superiores, que eran las únicas que se habían desplegado aquella noche. Las filas de carruajes que llevaban el pan estaban colocadas á espaldas de los batallones. Los fuegos de los vivacs, rodeados de vivanderos y cantineras que distribuían aguardiente á las compañías, se iban apagando, y confundían sus últimas humaredas con las nieblas de la mañana. De tiempo en tiempo el ruido de alguna cureña sobre el pavimento de las anchas calzadas belgas, un sonido de trompetas ó una llamada de los tambores, anunciaba el movimiento de algunos cuerpos que mudaban lentamente de sitio para ir á tomar la posición asignada por la orden del general.

Tal era el aspecto de los terrenos fangosos del llano de Jemmapes en la mañana de la batalla. En cuanto á las disposiciones del ejército, podíanse leer fácilmente en el rostro de los voluntarios. No tenían aquel semblante intrépido y grave, aquella actitud inmóvil y marcial de un ejército consumado en las maniobras y en la disciplina, que da á los movimientos y á las fisonomías la uniformidad maquinal del mismo ademan y de la misma expresión. El orden se conservaba poco, el traje y las armas se llevaban con desigualdad, el silencio se interrumpía con frecuencia, se trataba con familiaridad á los jefes, y muchas veces se les faltaba al respeto por réplicas y burlas soldadescas. La edad, los modales, la fisonomía y el lenguaje de aquellos voluntarios eran diferentes; algunos eran adolescentes, apenas capaces de llevar el peso de cuarenta libras con que estaba cargado cada soldado sobre las armas; otros tocaban á la vejez y tenían el bigote blanco de los veteranos; el mayor número estaba entre las dos edades de veinte y cuarenta años. En lo delicado ó en lo tosco de las manos, en lo blanco ó en lo moreno del cutis, en la elegancia ó pesadez de los miembros, se veía que estos batallones no habían sido reclutados en la misma clase del pueblo, sino que todas las edades, todas las condiciones y todas las profesiones se hallaban allí confundidas y mezcladas; el hombre ocioso al lado del trabajador, el hijo del particular de las ciudades al lado del labrador, el rico al lado del pobre, y el noble al del plebeyo. Las fisonomías, tan diferentes como los hombres, sólo se parecían en la uniformidad del valor; se conocía que no estaban allí como máquinas que la ley de la disciplina y del reclutamiento afilia y forma en empalizadas vivas delante del enemigo, sino que habían corrido movidos por impulso espontáneo, repentino y voluntario; que la causa en cuya defensa marchaban, sufrían el hambre y el frío, era su causa personal; y

que en esta lucha de un pueblo contra Europa, era la victoria de su patriotismo y de sus ideas lo que cada uno de ellos quería conseguir.

Advertíase además en los rostros una movilidad inquieta, curiosa y agitada, que indicaba que aquellas tropas eran bisonas para el fuego y poco acostumbradas al ruido del cañón. Atentas á la escena, esperaban la batalla como un espectáculo, lo mismo que como un combate. Esta extrema sensibilidad de los rostros y del alma en los batallones inquietaba y aseguraba á la vez á los jefes; podía, según las impresiones de aquellos hombres, demasiado apasionados para permanecer con sangre fría, convertirse al empezar el fuego en un terror pánico ó en entusiasmo, y hacer de ellos masas de fugitivos ó batallones de héroes.

XV

Dumouriez sólo había descansado algunas horas, con un sueño interrumpido por las relaciones de los ordenanzas, sobre un haz de paja extendido en su tienda. Recorria ya el frente de las líneas rodeado de un grupo de su estado mayor particular: Thouvenot, su jefe de estado mayor en realidad, oficial que apreciaba más que á todos los otros porque había sido el primero que en Sedan había comprendido y servido su gran pensamiento del Argonne; el duque de Chartres, á quien mostraba á sus soldados para acostumbrar la república á la vista de un príncipe; el joven duque de Montpensier, casi niño, hijo segundo del duque de Orleans, ayudante de campo de su hermano en Jemmapes: su valor precoz, su aspecto melancólico y su apasionada amistad por su hermano atraían las miradas y conmovían el corazón de los soldados; Moreton de Chabrilan, jefe de estado mayor honorario, valiente, pero turbulento y celoso; el joven Bautista Renard, que el general había agregado á su servicio siendo aún niño, y que desde la condición de criado se había elevado hasta la abnegación por su señor; y en fin, un grupo á caballo de cuatro oficiales de distintas edades, entre los que se notaban dos rostros femeninos. Su modestia, su color sonrosado y su gracia contrastaban, bajo el traje de oficiales de ordenanza, con las fisonomías varoniles de los guerreros que los rodeaban. Eran el capitán de guías de Dumouriez, Mr. de Fernig, habitante de la Flandes francesa; su hijo, teniente en el regimiento de Auxerrois, y sus dos hijas, á quienes la ternura por su padre y su pasión por la patria habían arrancado al abrigo de su sexo y de su edad, y llevado á los campamentos. El amor filial no les había dejado otro asilo.

Habían nacido en la aldea de Mortagne, en la frontera de Francia limítrofe de Bélgica. Hé aquí cómo les fué revelada su vocación.

En aquellos primeros tiempos de la guerra, los departamentos fronterizos se levantaban por sí mismos para cubrir el país. Francia sólo era un campamento, de que ellos se consideraban como los puntos avanzados. Además de los batallones que enviaban á Dumouriez, muchas compañías de voluntarios formadas de hombres casados, de viejos y de jóvenes casi niños, sin más ley que la salvación pública, sin otra organización que el patriotismo, sin otros jefes que los más valientes, salían de las ciudades, de las villas y de las aldeas, sorprendían los destacamentos enemigos, rechazaban la invasión de los puntos avanzados, y combatían contra los hulanos ligeros de Clairfayt. Hasta mujeres acompañaban á sus

maridos en estas rápidas expediciones, y las hijas á sus padres; todas las edades y todos los sexos querían pagar su tributo de entusiasmo y de sangre á la patria y á la libertad. Las más piadosas y las más decididas de todas estas heroínas fueron dos jóvenes, célebres despues en los fastos de nuestros primeros combates; una se llamaba Teófila, y la otra Felicidad.

Mr. de Fernig, antiguo oficial retirado en la villa de Mortagne, en lo último de la frontera del departamento del Norte, era padre de una numerosa familia; sus hijos servían, uno en el ejército de los Pirineos, y el otro en el del Rin. Sus cuatro hijas, á quienes la muerte había arrebatado la madre, vivían con él. Dos de ellas eran aún niñas, y las dos mayores apenas llegaban á la edad de la adolescencia. Su padre, que mandaba la guardia nacional de Mortagne, había animado con su ardor militar á los paisanos del canton, haciendo un campamento de todo el país. Fogueaba á los habitantes con escaramuzas continuas contra los húsares enemigos, que pasaban muchas veces la línea de la frontera para ir á insultar, saquear é incendiar la comarca. Pocas noches había en que no dirigiese en persona aquellas patrullas cívicas y expediciones, lo que hacía que sus hijas temblasen por su vida. Las dos mayores, Teófila y Felicidad, más conmovidas aún por los peligros que corría su padre que por los de la patria, se confiaron mutuamente sus inquietudes, y sintieron nacer á la vez en su corazón el mismo pensamiento. Resolvieron armarse también, mezclarse, sin que lo supiera Mr. de Fernig, en las filas de los cultivadores de que él había hecho soldados, combatir con ellos, velar particularmente sobre su padre, y arrojarle entre la muerte y él si le amenazaban de cerca los soldados enemigos.

Ocultaron esta resolución en su alma, revelándola sólo á algunos habitantes de la villa cuya complicidad les era necesaria para que no lo supiera su padre. Se vistieron de hombres con los trajes que sus hermanos habían dejado en casa al marchar al ejército, se armaron con sus escopetas, y siguiendo muchas noches la pequeña columna guiada por Mr. de Fernig, se batieron con los merodeadores austriacos, se ejercitaron en las marchas, en los combates y la muerte, y electrizaron con su ejemplo á los valientes paisanos de la aldea. Su secreto se guardó fielmente mucho tiempo. Mr. de Fernig, al entrar por la mañana en su casa, y contando en la mesa las aventuras, los peligros y las ventajas de la noche á sus hijas, no sospechaba que ellas habían combatido en primera fila con sus tiradores, y preservado algunas veces su propia vida.

Beurnonville, que mandaba el campamento de Saint-Amand, á poca distancia de la frontera, oyó hablar del heroísmo de los voluntarios de Mortagne; montó á caballo á la cabeza de un fuerte destacamento de caballería, y fué á limpiar el país de aquellos forrajeadores de Clairfayt. Acercándose á Mortagne al amanecer, encontró la columna de Mr. de Fernig, que entraba en el pueblo despues de una noche de fatiga y de combate, en que no había cesado el fuego sobre toda la línea, y en que Mr. de Fernig había sido libertado por sus hijas de las manos de un grupo de húsares que le llevaba prisionero. La columna, fatigada, conduciendo muchos de sus heridos y cinco prisioneros, cantaba la *Marsellesa* al són de un solo tambor acerbillado á balazos. Beurnonville detuvo á Mr. de Fernig, le dió las gracias en nombre de Francia, y para honrar el valor y el patriotismo de sus paisanos, quiso pasarles revista con todos los honores de la guerra. Apenas empezaba á rayar el

dia, aquellos valientes se alinearon bajo los árboles, ufanos al verse tratados como soldados por el general francés. Pero apeándose y pasando por el frente de aquella tropa, Beurnonville creyó percibir que dos de los más jóvenes voluntarios, ocultos detras de las filas, eludían sus miradas y pasaban furtivamente de un grupo á otro para evitar se les acercase. No comprendiendo tanta timidez en hombres que llevaban fusil, suplicó á Mr. de Fernig hiciese acercar aquellos valientes jóvenes.



Intimacion del granadero enviado por el almirante Latouche al rey de Nápoles (16 de Diciembre, 1792).
Pág. 346.

Se abrieron las filas y dejaron al descubierto las dos doncellas; pero sus trajes de hombre, sus rostros ennegrecidos con el humo de los tiros disparados durante el combate, y sus labios manchados por los cartuchos que habían roto con los dientes, las hacían desconocidas á los ojos de su mismo padre. Mr. de Fernig se sorprendió de no conocer aquellos dos combatientes de su pequeño ejército. «¿Quiénes sois?»—les preguntó con tono severo. Al oír esto, un sordo murmullo acompañado de sonrisas generales recorrió todas las filas. Teófila y Felicidad, viendo descubierto su secreto, se pusieron de rodillas, se avergonzaron, lloraron, sollozaron é imploraron, abrazando las piernas de su padre, el perdón de su piadoso

engaño. Mr. de Fernig abrazó á sus hijas llorando tambien, y las presentó á Beurnonville, que describió aquella escena en su oficio á la Convencion. Esta citó los nombres de aquellas dos jóvenes á Francia, y les envió caballos y armas de honor en nombre de la patria. Ya las volverémos á encontrar en Jemmapes, combatiendo, triunfando y salvando á los heridos enemigos despues de haberlos vencido. El Tasso no ha inventado en Clorinda más heroísmo, nada más maravilloso, ni más amor que el que admiró la república en el disfraz filial, en las hazañas y el destino de aquellas dos heroínas de la libertad.

Dumouriez, cuando fué á mandar en Flandes la primera vez, las presentó á la admiracion de sus soldados en el campamento de Maulde. Su casa, cuando ocurrieron los primeros reveses, designada á la venganza de los austriacos, fué quemada, y Mr. de Fernig no tuvo ya más patria que el ejército. Dumouriez llevó consigo al padre, al hijo y á las dos hijas á la campaña del Argonne; dió al padre y al hijo grados en el estado mayor. Las jóvenes, siempre entre su padre y su hermano, llevaban el traje, las armas y hacian las funciones de ayudantes de órdenes. Habian combatido en Valmy, y estaban impacientes por combatir en Jemmapes. La mayor, Felicidad de Fernig, seguia á caballo al duque de Chartres, á quien no queria abandonar durante la accion. La segunda, Teófila, se preparaba para llevar al anciano general Ferrand las órdenes del general en jefe, y para marchar con él al asalto de los reductos del ala izquierda. Dumouriez mostraba aquellas dos encantadoras heroínas á sus soldados como un modelo de patriotismo y un presagio de la victoria. Su belleza y su juventud recordaban al ejército aquellas apariciones maravillosas de los genios protectores de los pueblos á la cabeza de los ejércitos el dia del combate. La libertad, como la religion, era digna tambien de tener sus milagros.

XVI

Mientras que Dumouriez, despues de haber concluido su inspeccion, decia al pasar á sus soldados aquellas palabras que reasumen el entusiasmo en un ademan y vienen á ser el santo de la victoria, empezábase el combate en los dos extremos de su larga línea de batalla, por la derecha y por la izquierda. Por ésta se lanzó el general Ferrand, cantando la *Marsellesa*, sobre la fortificada villa de Quaregnon, puesto avanzado y que era indispensable tomar ántes de poder cerrar la derecha de los austriacos ó escalar á Jemmapes. Atento Dumouriez al estruendo del cañon, que tronaba sin mudar de sitio desde hacía más de una hora por aquel lado, comprendió que Ferrand hallaba allí un obstáculo irresistible en las baterías, que ya la víspera habian hecho retroceder á los batallones belgas. No teniendo ningun movimiento que hacer, ni que vigilar el centro inmóvil, corre al galope hácia Quaregnon para animar con su presencia un ataque que no podia salir mal sin paralizar todos sus movimientos en el centro y en la derecha. Al acercarse Ferrand, acosado por el fuego que le hacian de las casas y por los cañonazos de los reductos, que todo lo barrían, parecia como indeciso, y al abrigo de los primeros edificios del pueblo, daba á sus batallones el tiempo de reponerse. Una palabra y un ademan de Dumouriez, señalando á las alturas, reanimaron los batallones dudosos. Envió á su confidente Thouvenot para que le reemplazase en el impulso y la direc-

cion de aquellas columnas. Ferrand y Thouvenot, animados de una generosa emulacion, rehacen y mueven de nuevo las columnas, se lanzan á su cabeza sobre el flanco derecho y sobre el izquierdo del pueblo, reciben tres veces la descarga de los reductos, los toman al paso de carga y á la bayoneta, y sostenidos por cuatro batallones del general Rozieres que cubren las filas, se apoderan de Quaregnon y del espacio que separa á este pueblo de Jemmapes.

Allí, siguiendo las instrucciones de Dumouriez, dividen sus fuerzas en dos columnas; una, al mando de Rozieres, despliega ocho escuadrones en batalla sobre el camino, mientras el general en jefe, con ocho batallones de infantería, se acerca á Jemmapes por la izquierda; la otra, á cuya cabeza marchan Ferrand y Thouvenot, forma el ataque principal en columnas por batallones, y se acerca á Jemmapes por el frente y á la bayoneta, para no dar tiempo, descargando y cargando de nuevo las armas, á que los reductos acribillasen á los asaltantes.

Thouvenot para corresponder al pensamiento de su general y amigo, Ferrand para hacer olvidar su indecision de la mañana y hacer más venerables sus blancos cabellos con una victoria, hicieron mil veces el sacrificio de sus vidas, conduciendo los granaderos, la infantería de línea y los diezmados voluntarios, de escalon en escalon, sobre las mesetas de Jemmapes. Confundido por una nube de balas de cañon y de obus que levantaban la tierra de los ribazos bajo sus piés, cayendo de su caballo, que murió en el acto, Ferrand, levantado por Thouvenot, se coloca á pié con el sombrero en la mano á la cabeza de los granaderos, coge un fusil y carga á la bayoneta en las calles del pueblo, sufriendo la metralla de los austriacos. Su sangre corre, pero no la siente. Rozieres con sus cuatro batallones amenaza cercar á Jemmapes por la izquierda; los ocho escuadrones que ha colocado en observacion se lanzan y emprenden al galope la pendiente de la villa, obligando á que cese el fuego en los reductos. Un destacamento de cazadores á caballo se precipita sobre uno de los últimos batallones de granaderos húngaros, que aún luchaba con la columna del centro. La joven Teófila Fernig, lanzándose con sus cazadores sobre aquel batallon, lo desordena, derriba dos granaderos de dos pistoletazos, y hace prisionero al jefe del batallon, que conduce desarmado á presencia de Ferrand.

Desde entónces, tranquilo ya Dumouriez en cuanto al ataque de la izquierda, donde habia dejado su alma en la persona de Thouvenot, y viendo desde el llano las nubes de humo que rodeaban á Jemmapes, y hacian conocer al esparcirse por los aires los progresos de los franceses, fijó toda su atencion en la derecha. Desprovisto por aquel lado del cuerpo de ejército de los Ardennes, y de Valence, su jefe, que aún no habian llegado á la línea, descansaba en Beurnonville, general activo é inspirado por el fuego. Eran las once de la mañana, y el dia iba transcurriendo. Dumouriez, despues de cambiar el caballo en el cuartel general, dió rápidamente algunas órdenes al duque de Chartres, y volvió á marchar á toda brida para ver por sí mismo lo que detenía el ataque de Beurnonville al pié de la meseta de Cuesmes. Al llegar, halló las tropas de este general inmóviles como murallas bajo las balas de cañon que llovian sobre ellas, pero sin atreverse á salvar las gradas de fuego que las separaban del llano. Dos de las brigadas de infantería de Beurnonville sobresalian un poco de los reductos defendidos por los granaderos húngaros. Cien pasos detras, diez escuadrones de húsares, de dragones